

Inauguración de la Biblioteca legada por Don Carlos Zuberbühler

Con motivo de la inauguración de la valiosa biblioteca legada por el malogrado profesor D. Carlos E. Zuberbühler, se llevó a cabo, el 21 de Septiembre ppdo., un sencillo homenaje en el salón del Decanato, donde se halla instalada la biblioteca.

Con la presencia del señor Rector de la Universidad, el señor Decano de la Facultad, consejeros, profesores y alumnos, el secretario, doctor Julianes, dió lectura del acta correspondiente a la resolución por la cual se aceptaba, dando las gracias, el ofrecimiento del profesor Zuberbühler.

Como nuestros compañeros podrán verlo en el discurso del doctor Morel, que publicamos en otro lugar, la biblioteca se compone de más de 5000 volúmenes, todos ellos escogidos y concernientes a muchas ramas del saber y, especialmente, a la Estética y al Arte, que fueron las actividades que más profundamente tuvieron ocupado el espíritu, de incansable estudioso, de D. Carlos E. Zuberbühler, profesor titular de «Historia del Arte» en nuestra Facultad, cargo que no llegó a desempeñar, por la penosa enfermedad que lo llevó, el año pasado, a la tumba.

Publicamos, también, unas breves frases que leyera nuestro Decano en el acto inaugural, frases que por sus profundas observaciones, su color sentimental y su galanura en la expresión, suscitaron sinceros aplausos en el auditorio.

Del Dr. Rodolfo Rivarola:

Señores:

Por igual discurren la religión y la filosofía sobre el alma inmortal. Cada generación trasmite a la que sigue la herencia espiritual en que van sus pensamientos, sus esperanzas, sus ilusiones, sus dolores, y con todo ello, sus monumentos y sus libros, sus ciudades y sus industrias, sus templos y sus escuelas, la obra de su creación y las ruinas de lo que ha destruído para que nuevas generaciones puedan crear de nuevo, sin lograr jamás la perfección. Y renuévase las discusiones

de la filosofía y de la religión, de la creencia y de la duda, o desentiéndense y desprecíanse mutuamente escépticos y dogmáticos, y no toman en cuenta los unos las pruebas y razones de los otros, sobre el alma inmortal.

He aquí, para los que sólo admiten pruebas de experiencia, testimonio evidente que el pensamiento no perece cuando se rompe el vaso que lo produce y las formas orgánicas de la vida comienzan su disolución y la materia vuelve a la materia, afirmando la fe en su propia inmortalidad, que llamamos indestructible. Quien se haya recogido alguna vez en el silencio de una biblioteca conocida y amada y paseado la vista por los anaqueles que soportan el peso de los libros, habrá sentido como un coro de almas que en diversas palabras y en idiomas muertos y vivos dijera que no del todo se muere, que no todo pasa, ni todo perece ni todo se olvida en la existencia del espíritu, por lo menos que no todo pasa, ni perece, ni se olvida *para siempre*. Así como los libros, las obras materiales, del arte o de la industria, y las morales de la religión o de la política. Veinte siglos traseurren y el instrumento de un martirio, la cruz del Gólgota, es símbolo de generaciones que se suceden en la corriente infatigable de la historia, y prueba también de una justicia que enaltece a las víctimas de la violencia, y condena la brutalidad de la fuerza y la torpeza de la muchedumbre fanática.

Estos hechos, que apenas puedo enunciar en la brevedad del instante que acuerdo a mi palabra, me traen la reflexión de que nadie está aislado ni existe por sí, ni fuera de los que le rodean, ni la obra individual se pierde si la obra es buena.

Nos hallamos congregados en presencia de la biblioteca de Carlos E. Zuberbühler, a quien la Facultad de Filosofía y Letras llamó a la cátedra de historia del arte, tarde ya, cuando desgraciadamente la enfermedad apresuraba, muy temprano por cierto, el fin de sus días. El primor de muchas ediciones, el cuidado de todas, el mueble en que se encuentran los libros, todo dice del amor con que su alma se unió con las almas de tantos que pensaron y escribieron en los más diversos tiempos, idiomas y regiones. La formación de una biblioteca propia es expresión de una vida. Cada libro ha llegado en su tiempo y en su día, ha tenido su hora de afecto,

ha sido acariciado por la mano amiga, y ha ido al estante a esperar otro día y otra hora, o por lo menos una mirada. Y los días de la vida son breves, como la obra imaginada es larga. La última llega, y los libros amigos reunidos por el amigo común se dispersarán para siempre, esta vez sí que para siempre.

Tal debió pensar en la melancolía de su próximo fin, el selecto espíritu de Carlos E. Zuberbühler, cuando en su testamento dispuso el legado de su biblioteca a esta Facultad, que impediría su dispersión. Aquí quedarán amorosamente cuidados con gratitud y bajo el nombre del amigo desaparecido, con sagrada custodia que obligará a quienes vendrán después de nosotros, lo mismo que a nosotros.

Debíamos este acto de homenaje, lo realizamos con la modestia de nuestra pobreza, y queda inferior a la magnitud del donativo.

El doctor Camilo Morel, de quien diríamos que el mismo Zuberbühler le designó para sucederle en la cátedra, leerá sus reflexiones sobre el maestro cuya ausencia deploramos.

En nombre de la Facultad declaro puesta al servicio de los alumnos y del público, la biblioteca del profesor don Carlos E. Zuberbühler.

Del Ir. Camilo Morel:

Señore:

Al designarme para llevar la palabra en el acto de la recepción oficial del legado de esta biblioteca, hecho a la Facultad de Filosofía y Letras, por el señor Carlos E. Zuberbühler, el Consejo Directivo tuvo en cuenta el cargo de suplente del generoso donante que desempeñé durante dos años en la cátedra de historia del arte y mi titularización en la misma, después de la muerte de nuestro malogrado colega. Por la naturaleza del legado y por la de mi enseñanza, estoy llamado más que otros a beneficiar y hacer beneficiar a nuestros alumnos de estos preciosos y numerosos volúmenes, de estas selectas colecciones de grabados en negro y en color, que desde hoy transforman la cátedra de historia del arte de la más escasamente dotada, en una de las más favorecidas de esta casa, en cuanto a elementos de consulta y de demostración. Soy pues el que carga con mayor responsabilidad en la realización de las intenciones del generoso donante.

Estas razones no me permitían recusarme, por más que sepa cuántos cuáles entre mis colegas hubieren podido rendir un homenaje más

elocuyente a la memoria de Carlos E. Zuberbühler y celebrar, de una manera más digna de él, el dono de príncipe que hizo a la Facultad de Filosofía y Letras.

Pero otra consideración contribuye a disipar mis escrúpulos. Me cupo la suerte de tener trato amistoso y bastante continuo con el señor Zuberbühler desde el día en que empezó a frecuentar esta casa, por el año de 1905, hasta su prematura muerte. Antes de que entrara en relaciones conmigo, solía asistir a mis clases de estética. No tardó en intrigarme la presencia de este oyente fiel, de aspecto melancólico, con su mirada fija y bondadosa, reveladora de su ingénita benevolencia, con su labio serri-soriente, con su sencillez y distinción genuinamente patricias. Bien pronto, al salir de las clases empezó a comunicarme sus opiniones y comentar las ideas emitidas en el curso y pude apreciar la rectitud de su espíritu así como la amplitud de su información en todo lo referente al objeto de sus estudios.

Había enseñado la historia del arte durante quince años en la Academia de Bellas artes, después de haber contribuido eficazmente a su fundación; más tarde reorganizó el Museo de Bellas Artes, instalándolo en su actual sitio; fué presidente de la Comisión de estética escolar nombrada en 1909, por el entonces presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor J. M. Ramos Mexía, y en la cual me quiso tener de compañero; fué publicista siempre dispuesto a dar, con la autoridad de una competencia indiscutible, la palabra de estímulo a quien viera esforzarse para enriquecer nuestro patrimonio nacional de belleza y para fomentar la cultura artística del público, pero también listo para oponerse a cualquier atentado contra el buen gusto, o cualquier empresa truhanesca disfrazada de patriotismo o de celo por lo bello. Solamente la modestia de su carácter y su discreción igualaban su competencia artística y su amor a la belleza.

Lo que era para mí un descubrimiento, hace doce años, era ya bien conocida para los que regentaban esta Facultad de Filosofía y Letras. Por eso, cuando el señor Zuberbühler se alejó de la Academia de Bellas Artes, por motivos que no tengo que recordar, trataron de convencerle que su lugar estaba marcado entre los maestros — y no entre los discípulos — de esta casa y se le nombró profesor suplente de estética y luego profesor *honoris causa* de historia del arte. La creación de té cátedra se imponía desde tiempo, puesto que en nuestros días no se cobra más, ni el estudio de la historia prescindiendo de lo que es el exponente más duradero y más seductor de cada época, ni tampoco los estudios literarios sin el conocimiento, por lo menos general, de las formas paralelas a la expresión del sentimiento estético. ¿Cuál sería nuestro conocimiento del Egipto antiguo sin la visión de sus pirámides, estínges obeliscos y templos? ¿Cómo penetrar el genio de la Grecia sin tener presente la majestad y la serenidad de los mármoles fidiacos, la armonía del Partenón, la hermosura de Pallas Atenea? ¿Y quién más sobreviva para nosotros de Velázquez y de Murillo o bien de esos pobres degenerados

que la historia conoce bajo los nombres de Felipe IV o de Carlos II y que, en vida se consideraban como tan superiores por el derecho convencional del nacimiento a quienes no tenían más superioridad que por el derecho natural y divino del genio? No existe ya universidad importante que, desde treinta años atrás, no haya abierto sus aulas a la historia del arte y que no exija un mínimum de conocimientos de esta índole de sus estudiantes en historia y en letras, cuando no ya de todos los alumnos de la enseñanza secundaria.

La cátedra ofrecida *honoris causa* al señor Zuberbühler, no tardó pues en ser erigida en cátedra regular y el profesor honorario fué titularizado. Me consta por frecuentes confidencias que me hizo, que su título de profesor de esta casa fué una de las más grandes satisfacciones de sus últimos años.

Le gustaba encontrar aquí a amigos de toda su vida, sobre todo compartía el espíritu que ha presidido a la fundación de este centro de altos estudios y que sigue y seguirá animándolo, compartía nuestra ambición de servir bien al país, esforzándonos en difundir una cultura superior entre los futuros educadores, y también, sin regateo ni restricción, entre quienes lleguen, con el afán de aprender, a nuestras aulas liberalmente abiertas a todos.

Por desgracia un destino adverso, injusto y cruel ya empezaba a ensañarse contra nuestro amigo, azotando sin piedad su hogar y destrozando su corazón: esposa, madre, hijos tiernamente queridos le fueron arrebatados uno tras otro, dejándole desamparado en el camino de un calvario donde bien pronto debía sentir en propia carne el rigor de una implacable enfermedad. A pesar de todo él se erguía contra la fatalidad y, tan pronto como la tempestad amainaba, buscaba algún solaz en sus queridos estudios y en el cumplimiento de alguna tarea provechosa para el país. En los mismos viajes prolongados que por su salud, o la de sus hijos, hizo a Europa, en los últimos años, nunca se olvidaba de su nombramiento de profesor. Trataba de reunir mayor acopio de elementos y de información en vista del curso que pensaba dictar o de obras que quería publicar sobre temas de arte de interés nacional. Mientras tanto solicitaba licencias que el Consejo Directivo le concedía sin dificultad, pues no se imponía la efectividad de su curso antes del año 1915, por la implantación gradual que se hacía del nuevo plan de estudios de la Facultad.

El estallido de la conflagración europea lo sorprendió en París; tuvo entonces la demostración eficaz que, bajo la aparente confusión religiosa de nuestra época, las fuerzas morales han conservado su valor decisivo, y, sin odios injustos para quienes son personalmente irresponsables del crimen de lesa humanidad, pero también sin reticencias pusilánimes, afirmaba a quien le hablara, su culto para el derecho y la justicia, su protesta contra la adoración de la fuerza brutal y la divinización de los egoísmos, la sublevación de su alma argentina en presencia de la deslealtad y de la mentira.

Pero la hora del regreso al país había llegado para él. Europa convulsionada ya no podía proporcionarle las ventajas que había ido a buscar para su salud y su inteligencia. Esperaba inaugurar aquí su cátedra de historia del arte en el marzo de 1915. Sus dolencias ni siquiera le permitieron esta satisfacción. En su aflicción de no poder cumplir con la Facultad lo que consideraba su deber, se aplicó en facilitar toda la documentación gráfica posible a quien le sustituía. Más aún, en una carta que me escribió con fecha 18 de abril de 1915, ya se encuentra la idea de la donación de su biblioteca: «Yo tengo disponible una biblioteca algo antigua pero muy buena y con gusto la ofrecería... pero necesito la garantía de que alguien se haga responsable de ella». No había perdido sin embargo la esperanza de poder aparecer algún día en su cátedra, aunque fuera solamente para dictar unas pocas conferencias sobre arqueología del arte en el siglo XIX, o bien sobre Velázquez, dos temas en que tenía ideas propias o resultados de investigaciones personales. Cuando se convenció de que ni siquiera eso le sería posible, me escribió, en julio 1915: «Imagínese usted mi situación! No sé qué hacer, estoy desesperado... Póngase usted en mi caso y déme un consejo, se lo pido. No veo más solución que la renuncia definitiva. Demasiada paciencia y amistosa bondad me han demostrado el señor Decano y los señores Consejeros, de ningún modo debo seguir abusando». Y a mitad de octubre, después de una nueva crisis de su enfermedad, me volvía a escribir estas líneas que reflejan su tragedia íntima: «Cuánto sufro al ver que mis amigos aún me tienen confianza y que ya no me es posible corresponder a ella... He vuelto a tocar el límite extremo, una vez más. ¿Hasta cuándo? ¡y como nunca deseo vivir, aprender, enseñar!» Por fin el 20 de enero 1916, en la última carta que recibí de él, me decía: «Enviaré mi renuncia definitiva... Es doloroso el paso que voy a dar; es el derrumbe de muy caras ilusiones; pero la honradez intelectual me obliga y debo cumplir con mi deber».

A través de estas breves palabras se trasluce la delicadeza de alma de Carlos E. Zuberbühler tanto como su pasión para el saber y su celo de apóstol de la cultura estética. Por crueldad del destino, cuando mejor estaba preparado para dar al país en la cátedra y en el libro el fruto de treinta años de constante, inteligente y fecunda labor, se vió privado de tan justa y desinteresada recompensa. Pero, lo que no pudo hacer por sí mismo, debemos esperar que su recuerdo ayudará a otros a realizarlo según su idea. El dono que hizo a esta Facultad, y que tan benévolamente entregaron sus herederos, será una contribución valiosa para ello. Es el privilegio de los mejores entre los hombres de ser, aún después de su muerte, inspiradores eficaces de pensamiento y de acción. Cuando vengamos a consultar estos tesoros literarios y artísticos, guardados aquí en los mismos muebles donde les abrigaba su primer dueño, cuando, levantando la mirada, veremos su retrato, nos inspiraremos en

las mismas fuentes que nutrieron su espíritu y nos acordaremos que el uso de su legado importa un fático compromiso para nosotros.

Al inaugurar esta biblioteca me vuelve espontáneamente a la memoria una página de Ruskin: Un curioso símbolo de nuestra incuria, escribe el famoso esteta inglés, nos lo proporciona una de las obras más encantadoras y más desconocidas de uno de nuestros mejores pintores. El cuadro representa el cementerio de Kirkly Londale: valles y montañas se divisan en el aire brumoso de la mañana; indiferentes a la naturaleza y a los muertos, algunos escolares han apilado sus libros encima de una losa y se divierten en echarlos a tierra tirando piedras. Es así que jugamos con las palabras de los muertos y que las echamos a perder, sin pensar que esas hojas que el viento va a dispersar han sido reunidas, no encima de tumbas, sino en el umbral de una ciudad encantada, la ciudad de los reyes adormecidos que se despertarían para nosotros y nos acompañarían, si supiéramos llamarlos por su nombre. Los reyes adormecidos, de quien habla Ruskin, son los que por excelencia convienen a una democracia laboriosa y progresiva: son los libros.

¿Dónde están los grandes espíritus y cuántos hay? ¿Cómo conocerlos y acercarnos a ellos? ¿Cómo conseguir de ellos algunos minutos de conversación? y estos mismos momentos, ¿hasta qué punto serían para nosotros lo que Taine hubiere llamado «momentos insignes»? ¿Cuántas veces los grandes sabios están muy cansados, cuando no es dado acercarnos a ellos! Esta rareza y brevedad de los contactos estimulantes y conmovedores, en nuestras existencias ordinariamente tan mediocres, confieren un valor casi sobrehumano a las éxtasis repetidas que nos proporcionan los libros. Los genios de todos los tiempos y de todos los países a quien hubiéramos deseado conocer están allí, nos esperan a la hora de nuestra conveniencia, sin que necesitemos pedirles audiencia. Y su pensamiento será ordinariamente más preciso bajo la forma escrita que en forma oral, pues siempre es asunto más arriesgado entregar sus ideas condensadas en la página que se imprimirá. Los escritores que merecen ser leídos, imponen a su espíritu una disciplina, en vista de la claridad y del vigor de sus conceptos, que supera mucho la que preside a la generalidad de sus exposiciones orales. Y aquellos que lo han probado saben cuantos esfuerzos se necesitan para dar al pensar bastante vida como para que subsista a través de las letras y renglones eternamente inmóviles del libro.

Sorprenderá que entre tantos libros aquí puestos a nuestra disposición por el señor Carlos E. Zuberbühler, entre tantos genios a cuyo contacto su donación nos convida, casi no se encuentre cómo consultarle a él mismo. La razón no proviene de que la producción escrita de C. Zuberbühler haya sido poco importante o muy escasa. Esta producción se encuentra dispersa en los diarios y revistas, porque los temas que trató de preferencia no eran de los que sirven para forjar sistemas y síntesis — «esas arrogantes casquivanas» como decía Vigny, — que llevan el nombre y la marca de sus constructores, pero cuya fecha

pronto se vuelve estigma bajo el cual se dislocan y se hunden en el olvido.

C. Zuberbühler realizó por sus artículos una obra cuya variedad refleja en su mayor parte el movimiento artístico de nuestro país, desde un cuarto de siglo, e indica orientaciones en cuanto a nuestros principales problemas de estética urbana y de la educación artística, cuya solución progresiva exigirá todavía largo tiempo. Por eso formuló el voto que sean recogidos esos trabajos cuya fecundidad no está agotada y que son ricos en orientaciones acertadas y sugerencias aprovechables, pues, si su autor ha vivido mucho entre sus libros, no rehuyó extender su mirada sobre el mundo exterior. Esta doble tendencia, observadora y reflexiva, es la que debemos llevar en la continuación de su obra y en nuestra dedicación a los mismos estudios.

Voy a terminar recordando un cuadro famoso de Carpaccio, que se ve en S. Giorgio dei Schiavoni, en Venecia, y que representa a S. Jerónimo en su estudio. Difícilmente se encontraría una imagen más apropiada de lo que fué Carlos E. Zuberbühler en medio de estos elementos de trabajo allí reunidos y al mismo tiempo una enseñanza más elocuente de lo que debe ser nuestro arte de estudiar. Se ve a S. Jerónimo sentado delante de su mesa de escribir, el cálamo en la mano; está rodeado de libros, de una esfera armilar, de varias estatuas; la pieza es espaciosa y decorada con sobriedad y gusto. El santo ha interrumpido su trabajo y parece atento a lo que pasa afuera, pues está mirando hacia la gran vidriera que llena la pieza de luz e ilumina su frente. Presta atención al canto de los pájaros, observa el cambiante de las flores, el movimiento de la vida en la tierra, o bien, en el cielo, la vagancia ora perezosa, ora atropellada de las blancas nubes. Aparece más viviente que si su mano no dejase de escribir. Quizás debería en este momento escribir hermosas palabras y expresar útiles pensamientos, pero ¿cómo tener pensamientos útiles y cómo escribirlos hermosamente si tuviera por única compañera a la lapicera rechinante, y si no conversara con los gorriones, con las nubes, con la vida, tanto como conversó con los libros? La leyenda de S. Jerónimo contiene otro detalle que Carpaccio no pudo aprovechar, pero que vale de ser recordada. El cielo había regalado al infatigable escritor eclesiástico un león que dormía delante de la puerta de su estudio y que protegía a su amo contra los indiscretos, asegurándole la holgura de tiempo indispensable. A falta de un guardián tan aterrador y... voraz, sepamos oponer una voluntad varonil a la dilapidación y al mal empleo de nuestras horas, de manera a reservarnos mucho tiempo para frecuentar las bibliotecas y especialmente ésta en que, por la naturaleza de los estudios que facilita, nuestros trabajos serán más agradables que los mismos ocios.

Recordaremos en tales horas los versos de Virgilio que inmortalizaron la beneficencia de otro Mecenas:

O Meliboee, Deus nobis haec otia fecit
Namque erit ille mihi semper deus... (qui)
Ludere quae vellem calamo permisit agresti...

Lo que libremente traduciremos bendiciendo la memoria del gran hombre de bien que fué Carlos E. Zuberbühler, el iniciador de la enseñanza de la historia del arte en esta casa y en el país, y nuestro Mecenas.

Camilo Morel.

